

Teatro de las Bellas Artes de la Ciudad de México

Margarita Mendoza López

El Teatro de Bellas Artes del Palacio de las Bellas Artes de la ciudad de México es el coliseo más importante del país, tanto por su magnificencia arquitectónica como porque pertenece a la Secretaría de Educación Pública, o sea que es el local oficial del Gobierno de México. En el área americana solamente tiene parangón con el Teatro Colón de Buenos Aires y con el Teatro Municipal de Río de Janeiro. En 1984 cumplió cincuenta años de haber sido inaugurado y desde entonces se han presentado en él, ininterrumpidamente, espectáculos de teatro, música, danza y pantomima y ha sido sede de conjuntos extranjeros de importancia internacional.

El año de 1904 es presidente de la República Mexicana el general Porfirio Díaz y se encarga al arquitecto italiano Adamo Boari la construcción de un teatro que sustituya al recientemente demolido Gran Teatro Nacional. Recinto fastuoso debía ser, como correspondía al boato porfirista. Boari traza un proyecto inspirándose en teatros europeos y también en el Auditorio de Chicago, tomando en cuenta todos los adelantos que en materia de construcción teatral se conocían. La sala de espectáculos, una sala de fiestas, un gran hall y un local cubierto para descender de los carruajes completan el edificio. Teatro Nacional comenzó a llamársele e importa tener en cuenta que no se trata del antiguo que cerraba la avenida Cinco de Mayo sino del que ahora se debía construir. Este nuevo Teatro Nacional se levantará soberbio en un espacio abierto que le permitirá lucir su majestuosidad. Las obras de los escultores italianos Comendador Leonardo Bistolfi, Boni, Gianetti Fiorenzo, Geza Marotti y las del catalán Agustín Querol adornarán el edificio. El estudio de los problemas relacionados con la maquinaria del escenario fueron encomendados al ingeniero alemán Alberto Rosemberg y la fabricación de la misma a las casas Vereiniete Maschinenfabrik de Augsburg y a la Maschinenbaugesellschaft de Nuremberg. La instalación eléctrica se encarga al ingeniero norteamericano Charles F. Smith. El forjador italiano Alessandro Mazzucoteli fabricó diez puertas de hierro, pero fueron necesarias catorce más y entonces se abrió un concurso, siendo por esta razón que interviene el forjador mexicano Luis Romero.

El entusiasmo en la construcción es intenso, pero la caída del porfiriato, por obra y gracia de la Revolución, da al traste con todo y el arquitecto Boari deja el país en 1916. El espíritu revolucionario nada quiere saber de lujos superfluos que recuerden la “paz de treinta años.” Así llega el año de 1919 y el Presidente Venustiano Carranza encomienda al arquitecto Antonio Muñoz G. poner en condiciones de poder ser utilizada la sala de espectáculos, pero la pobreza del erario público echa por tierra tan plausible intención.

Mientras tanto, el ostentoso edificio continúa su proceso de hundimiento debido a errores de cálculo del arquitecto Boari. De todas maneras, no puede dejarse sin terminar una obra en la que ya se han invertido muchos miles de pesos y, en 1928, durante la presidencia del general Plutarco Elías Calles, surge una idea luminosa en la imaginación del general e ingeniero Eduardo Hay, Subsecretario de Comunicaciones y Obras Públicas: una suscripción pública para terminar el Teatro Nacional. Se reúnen ciento setenta mil pesos, se encomienda la tarea al ingeniero Luis Álvarez Varela. Varias empresas particulares cooperan, entre ellas la maderería Las Selvas y las compañías de teléfonos Ericsson y Mexicana. Pero . . . ¡el gozo se va al pozo! La cantidad recaudada es insuficiente.

Esporádicamente se llevan al cabo algunas representaciones en la sala inconclusa y, en el hall, ferias y exposiciones. Llega el año de 1930, que es de buen augurio para el edificio. El ingeniero Pascual Ortiz Rubio asume la presidencia de la República y desea que se prosigan las obras del Teatro Nacional. Como no existe presupuesto para llevar al cabo la tarea, crea el Consejo Directivo de las Obras de Conclusión del Teatro Nacional, que se beneficiará con las aportaciones de las Secretarías de Hacienda y Crédito Público, de Comunicaciones y Obras Públicas y del Departamento del Distrito Federal. El Consejo es presidido por el ingeniero Alfonso Castelló, representante personal del Presidente Ortiz Rubio y el trabajo de la construcción se pone en manos del arquitecto Federico E. Mariscal.

La mala fortuna persigue al Teatro Nacional y no es posible reunir el millón de pesos que se estima indispensable. En enero del año siguiente de 1931 se da a conocer tan lamentable suceso y las obras del coliseo vuelven a paralizarse. El arquitecto Mariscal, sin embargo, no desatiende el estudio del proyecto y de los planos de Boari, encontrando que la sala de fiestas y el gran hall ocupan espacios que deberán mejor ser utilizados para instalar salas de exposiciones de artes plásticas.

Mientras tanto, el Consejo Directivo de las Obras de Conclusión del Teatro Nacional pide la colaboración del ingeniero Alberto J. Pani, por entonces Secretario de Hacienda y Crédito Público, quien la acepta gustoso y en forma absolutamente gratuita. El ingeniero Pani era un apasionado estudioso de la cultura en general y de la pintura mexicana en particular, razones por las que aceptó sin reservas las proposiciones del arquitecto Mariscal. Trabajando de común acuerdo, Pani y Mariscal planean que el Palacio de Bellas Artes sea una “instalación nacional de carácter artístico” que comprendería las siguientes dependencias: Sala de Espectáculos, Museo de Artes Plásticas, Museo de Artes Populares, Museo del Libro, Sala de Conferencias, biblioteca, restaurante.

El 3 de julio de 1932 se reinician las obras dando al edificio el nombre de

Palacio de las Bellas Artes y a la sala de espectáculos, el de Teatro de Bellas Artes. Se continúan los trabajos, sin interrupción, durante la presidencia del General Abelardo L. Rodríguez, bajo cuyo mandato se terminan el 10 de marzo de 1934.

Los planos de Boari fueron alterados por el arquitecto Mariscal y definitivamente modificados de acuerdo con las instrucciones del ingeniero Pani. En la última etapa de la construcción intervienen el ingeniero Marte R. Gómez, Secretario de Hacienda y Crédito Público y el ingeniero Alberto J. Pani y el arquitecto Federico E. Mariscal como directores de la obra, el primero en calidad de director artístico. Por órdenes superiores el Palacio de Bellas Artes deberá ser entregado al Departamento del Distrito Federal para que se “utilice en actividades del mismo.”

El Museo del Libro no llegó a instalarse y la biblioteca y el restaurante funcionaron durante un corto lapso. El plano de la sala de espectáculos hecho por el arquitecto Boari fue modificado radicalmente: deja de ser un teatro elitista de acuerdo con la sociedad clasista del porfiriato. En el proyecto de Boari “se establecían grandes diferencias entre las primeras y las últimas categorías . . . las localidades bajas (palcos y lunetas) contaban con grandes vestíbulos.” En el teatro que a final de cuentas se construyó, no existe distinción en cuanto a calidad de materiales entre el primer piso y los dos superiores; la visibilidad mejoró y el cupo se aumentó.

Tanto por el costo de los materiales como por el deseo nacionalista de los encargados de la obra se procuró que fueran mexicanos, pero las flautas del órgano fueron fabricadas en Alemania. En Estados Unidos se adquirieron “casi todas las instalaciones, lo mismo que los aparatos cinematográficos; el mobiliario para la sala de espectáculos y la de conferencias, en Francia, así como los trabajos de balconería en aquella y el Hall y la candilería que en éste y en la sala de la fachada principal del Museo de Artes Plásticas; las alfombras y pasillos en Inglaterra, etc.” ¡Menos mal que gran parte de los mármoles sí son mexicanos, excepto el blanco, que llegó de Carrara!

Noche de gala fue la del 29 de septiembre del año de 1934. ¡Inauguración del Teatro de Bellas Artes!, con la Orquesta Sinfónica de México, dirigida por Carlos Chávez y, posteriormente, la representación de *La verdad sospechosa*, del autor novohispano Juan Ruiz de Alarcón, interpretando los personajes protagónicos los actores mexicanos María Tereza Montoya y Alfredo Gómez de la Vega. Poco después, conciertos de danza por Antonia Mercé, “La Argentina.”

Es Director del Teatro de Bellas Artes el escritor y abogado Antonio Castro Leal y Secretario de Educación Pública el licenciado Eduardo Vasconcelos. En los programas de mano de la temporada de teatro se lee:

La Secretaría de Educación Pública ha invitado a los más distinguidos artistas mexicanos a tomar parte en la compañía dramática y muestra firmes propósitos de formar un cuadro lo más selecto y completo posible. . . .

El repertorio de la compañía dramática comprenderá tanto obras mexicanas como extranjeras. La SEP cree que es un deber llevar a la escena las mejores obras mexicanas, ya que un teatro del Estado que no se propusiera fomentar el arte y la literatura dramática nacionales no cumpliría con su principal misión.

La SEP tiene en estudio . . . la organización de un cuadro mexicano de ópera. . . . Estos cuadros mexicanos no limitarán su acción en la ciudad de México; nuestros propósitos son presentarlos en los Estados para que todo el país aproveche y disfrute de la subvención nacional con que debe contar el Palacio de Bellas Artes. Este tendrá así el carácter, no sólo de teatro oficial de una gran ciudad, sino el de centro organizador y difusor de espectáculos que no podrían pesar en su totalidad sobre los presupuestos de los Estados.

Tan plausibles deseos no se logran. El Palacio de las Bellas Artes no obtiene la deseada subvención y no puede extender su radio de acción a la provincia. La Compañía Dramática solamente lleva al cabo la temporada inaugural de 1934.

Seis años después, en 1940, se constituye el Comité Pro-Teatro de la ciudad de México, integrado por los intelectuales Alfonso Reyes, Julio Jiménez Rueda, Enrique Díez Canedo, y por los funcionarios Urbano Aldrete y Alejandro Buelna. Ahora es el Departamento del Distrito Federal el que desea impulsar el espectáculo dramático. En el programa de mano el Comité da a conocer sus propósitos: "El Departamento del Distrito Federal ha querido ofrecer al público un espectáculo teatral digno de la historia de nuestra ciudad."

La obra que ahora se emprende, bajo los auspicios y con el respaldo del gobierno de la ciudad, es un empeño de cultura que aspira a mantener la escena mexicana en el nivel que corresponde a tan altas tradiciones y a los nuevos desarrollos de la vida capitalina, robusteciendo el interés por el buen teatro, que siempre fue índice a la vez que propulsor de las artes de un pueblo, a las que sirve de compendio y resumen.

De acuerdo con las posibilidades actuales, se ha procedido a formar un repertorio y un elenco de carácter ecléctico en que, sin encerrarse dentro de tendencias exclusivas, tampoco se transija respecto a la calidad y a la seriedad del esfuerzo. El Comité Pro-Teatro de la ciudad de México pasa sin dejar mayor huella y el Teatro de Bellas Artes sigue siendo manejado como cualquier local de la empresa privada, o sea que se renta a quien lo solicita o se concede mediante el pago de gastos mínimos. Esta situación explica la heterogeneidad del repertorio y de los intérpretes.

No es sino hasta el 31 de diciembre del año de 1946 cuando el Palacio de las Bellas Artes cuenta con un patrimonio que le permite llevar al cabo una labor programada en cuanto a la divulgación de las artes: se crea el Instituto Nacional de Bellas Artes. Según el informe titulado "Dos años y medio del INBA," publicado por el Departamento Administrativo en 1950:

La fundación del Instituto constituyó una reorganización a fondo de la rama de Bellas Artes, que tradicionalmente ha funcionado como dependencia de la Secretaría de Educación Pública con diversos nombres (hasta fines de 1946), Dirección General de Educación Extraescolar y Estética y, anteriormente, Departamento de Bellas Artes y obedeció al Plan de Bellas Artes formulado por la comisión cultural del Comité Nacional Alemanista, a principios del año de 1946, por instrucciones del entonces candidato a la Presidencia de la República, quien, ya en su programa de gobierno, dado a conocer en 1945, había anunciado su intención de crear el Instituto.

Embrión de la idea. Nadie sugirió o inspiró, directa o indirectamente, al Lic. Alemán, la creación del Instituto Nacional de Bellas Artes. El interés por impulsar especialmente este aspecto importantísimo de la alta cultura nacional durante su futuro gobierno, el nombre mismo del organismo encargado de ese impulso—Instituto de Bellas Artes—y la idea central que había de gobernar su orientación, todo fue resultado de la iniciativa del Sr. Lic. Miguel Alemán.

Con el objeto de estimular a quienes se encuentran dotados de genio artístico se creará el Instituto de Bellas Artes, como un organismo descentralizado pero sujeto a la orientación que le imparte el estado y adonde concurrirán quienes se hayan desarrollado en las bellas artes, auditivas o plásticas.

El Instituto sería para los artistas mexicanos, para ellos se creará . . . para darles los elementos teóricos y prácticos con que hacer fructificar sus talentos artísticos.

Se adoptó así, como base esencial del Instituto, una posición precisa. . . .

La iniciativa oficial . . . debe dirigirse a la creación de un arte nacional. La iniciativa privada puede—y estrictamente debe—hacer lo mismo, pero puede también dar gran apoyo al arte venido de fuera. La iniciativa oficial no se opone al arte y a los artistas universales ni a la venida de éstos al país, antes la procura también, a condición de que se haga en forma y medios tales que sirvan de ejemplo, enseñanza y estímulo a los artistas nacionales.

El equipo de trabajo fue integrado con destacadas personalidades dentro del ambiente artístico mexicano. El maestro y director de orquesta Carlos Chávez como Director General; el museógrafo Fernando Gamboa como Subdirector General, quien a partir de 1951, es también Encargado del Departamento de Artes Plásticas; como Jefe del Departamento de Teatro, Danza y Literatura, Salvador Novo. En 1951 se crea el Departamento de Danza y se nombra Jefe al pintor y antropólogo Miguel Covarrubias; como Jefe de Producción Teatral, el escenógrafo Julio Prieto quien, en 1952, es sustituido por el joven escenógrafo Antonio López Mancera, egresado de la Escuela de Arte Teatral del INBA. El compositor Luis Sandi es Jefe del Departamento de Música; el arquitecto Enrique Yáñez, Jefe del Departamento de Arquitectura y Leonor Llac, Jefa del Departamento Administrativo.

Las recomendaciones nacionalistas que se encuentran desde la inauguración del Palacio de las Bellas Artes no fueron cumplidas en ninguna de las áreas—música, ballet, drama, ópera—y en buena hora, pues se hubiera limitado la proyección del arte que debe, siempre, procurar alcances universales.

Ciudad de México